

*Miguel Guzmán Rosales y Octavio Vio Henríquez: DON FRANCISCO DE PAULA TAFORO Y LA VACANCIA ARZOBISPAL DE SANTIAGO, 1878-1887.* Instituto de Historia y Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Chile. Santiago. 1964.

El estudio de la agitada vacancia de Santiago a la muerte del Arzobispo Valdivieso da lugar a este estudio exhaustivo de los PP. Guzmán y Vio. El conflicto bien pudo llamarse "la mitra escurridiza" por la suma de intereses en colisión desde diversos ángulos en un ir y venir realmente dramático. Nunca en las largas relaciones de Iglesia y Estado bajo el régimen de Patronato se había prolongado tanto una vacante por razones de ininteligencia entre los dos poderes: el Presidente Santa María y Tafforó, por un lado, y por el otro la curia de Santiago, los católicos chilenos y la Santa Sede.

Para penetrar la hondura del *impasse* los autores acudieron a un material de variedad y valor incalculables: el Archivo del Arzobispado y sus legajos de documentos sobre el asunto, la correspondencia de los preladados, las actas del Cabildo Metropolitano, la correspondencia de don José Alejo Infante, enviado especial a Roma por Joaquín Larraín Gandarillas, el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, las numerosas publicaciones que hubo en Chile en torno a la vacancia y los diarios que dan el sentir de la opinión. Todo este conjunto de materiales contribuyó a trazar la historia dramática del suceso, con una acuciosidad digna de elogio.

Hasta aquí ningún autor había estudiado tan hondamente el caso ni proyectado las luces de una amplia consulta y paciente compulsión de personajes, actitudes y pasiones en el sereno tribunal de la historia.

Como el trabajo se hizo con la consulta de las fuentes y materiales chilenos, faltó sin duda el conocimiento directo de las fuentes vaticanas, que habría completado la luz sobre el asunto; pero para este caso será la obra presente un trabajo imprescindible y serio, y lo mejor que ha salido hasta el presente sobre el tema.

El doble encuadre de la obra en la historia eclesiástica de Chile y en la historia del país es un poco más débil en el conjunto que el estudio

mismo del drama y sus personajes, que es muy acabado y bien meditado, y que produjo verdadera fascinación en sus autores.

Esta monografía demuestra lo interesante que es para el historiador acercarse a los problemas para hacer hablar a sus testigos, interrogar a sus hombres, recoger sus pensamientos y sus móviles y presentarlos en el cuadro vivo de su medio y de su tiempo.

Las luchas fueron tan enconadas que los personajes que intervinieron no escaparon a la crítica de ambos bandos. Las leyes laicas, consecuencia de la pugna, afectaron profundamente al país durante muchos años. El tiempo se encargó de suavizar las heridas y hoy no alcanzamos a percibir el caso en toda su proyección de momento; por esto la obra nos conduce hábilmente a una consideración de detalle y conjunto en la perspectiva propia de la hora, mérito innegable del trabajo.

La revisión histórica que significan estos esfuerzos por conocer el pasado debe servir de estímulo para emprender otros e ir formando una imagen cada vez más ajustada de los momentos señeros del proceso nacional. De tales partes surgirá necesariamente la historia de la Iglesia Chilena, como revisión y perspectiva, y sobre todo se conseguirá realizar la obra de conjunto que hace tiempo está haciendo falta. Esta es la tercera obra con que contribuye el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile a este objetivo. Del progreso en esta línea puede derivar con el tiempo la obra anhelada.

Walter Hanisch Espíndola S. I.

*Padres Pedro de Leturia (†) y Miguei Batllori, S. I.: LA PRIMERA MISION PONTIFICIA A HISPANOAMERICA 1823-1825. RELACION OFICIAL DE MONS. GIOVANNI MUZI. Città del Vaticano. 1963.*

La misión Muzi ha sido periódicamente objeto de publicaciones, investigaciones e interpretaciones, comenzando por la obra del abate José Sallusti, integrante de dicha Misión, *Storia delle Missioni del Chile o Storia delle Missioni Apostoliche dello Stato del Chile* (Roma, 1827). Así podemos recordar los nombres del P. Leturia, en obras anteriores, a don Luis Barros Borgoño, a Mons. Carlos Silva Cotapos, a Mons. Alberto Serafini, etc., quienes han aportado documentos e historia sobre esta primera misión pontificia en América.

El presente volumen, que contiene la documentación de Mons. Giovanni Muzi con otras documentaciones correspondientes y anexas de la Secretaría de Estado, del canónigo Mastai y un denso epistolario de otras

personas, ofrece un valiosísimo material que permitirá hacer la historia —creemos— definitiva de esta misión. Y esta historia es de una importancia capital para interpretar la actitud de la Santa Sede hacia los gobiernos de la nueva Hispanoamérica y por todo el pontificado de León XII, y a su vez la de dichos gobiernos por un período más largo todavía.

Los documentos hablan por sí mismos.

Mons. Muzi, que fue el eje de estas negociaciones, aparece descarnadamente en toda la actividad que desplegó en América y en Chile, principalmente, o, con mayor precisión, en Santiago. Actividad desacertada, por lo general y que condujo a inutilizar completamente este paso de la Santa Sede, cuando no a hacerlo perjudicial.

El historiador podrá interpretar todo esto. Se puede hoy día estar seguro que esta misión, desde su partida, estaba condenada a ser inútil o muy poco eficaz, por el personal escogido. En efecto, Mons. Muzi no había tenido ningún contacto con el mundo hacia donde se dirigía, ni elementos que lo capacitaran para esta gestión que, aunque principalmente espiritual y apostólica, era también en forma inevitable diplomática. Sus dos acompañantes, el canónigo Mastai y el abate Sallusti, no tenían ninguna experiencia diplomática y eran conocedores sólo de un restringido mundo de Italia central. En ningún caso podían ser asesores del Vicario Apostólico. Tampoco la Secretaría de Estado les había asignado esta función. Tal vez no había nadie capacitado para esas funciones. El regalismo español había mantenido a la Santa Sede sin más relación con el mundo americano que el Embajador en Roma y el Nuncio en Madrid. Esta dificultad existía ya en teoría. La realidad hizo superar las malas previsiones de un historiador, porque fueron muchas y prolongadas las otras dificultades originadas por la personalidad concreta de los componentes de la misión pontificia.

El canónigo Cienfuegos empeoró toda esta situación, entorpeció en Chile, en forma increíble, la gestión Muzi, fue un elemento pernicioso en esa época ya de por sí difícil. Pero, su desgraciada actuación sólo pudo ser tal, por la personalidad de cada uno de los enviados pontificios.

Mons. Muzi sufrió además la restricción, propia de la época, de la falta de correos y comunicaciones. Durante los ocho meses que estuvo en Chile no recibió ninguna comunicación de la Santa Sede. Estuvo solo, aislado, con sus ideas preconcebidas, en un mundo que no podía entender y que no comprendió.

La magnífica *Introducción* (pp. XXV - XLIX) del P. Batllori ambienta suficientemente esta misión para poder interpretar después toda la rica documentación que entrega. Los *Indices* finales (pp. 635 - 722) son

una ayuda inmensa para la historia de la misión. Por tales trabajos del P. Batllori esta colección documental se transforma en algo todavía más importante para la historia.

Hay algunos documentos de especial valor, como son las relaciones que después de partir de Chile, durante el viaje, escribieron Mons. Muzi (pp. 417 - 432), el canónigo Mastai (pp. 437 - 440), etc., que ayudan como sumarios a comprender la documentación anterior. A pesar de todo, resulta difícil destacar un documento más que otros. Ellos tienen valor en el contexto.

Lo cierto es que nos encontramos frente a una obra monumental digna de las publicaciones de la Biblioteca Vaticana. Una contribución póstuma excepcional del P. Leturia y un trabajo, promisor de otros, del P. Batllori.

*Carlos Oviedo Cavada*  
Obispo tit. de Benevento  
y Auxiliar de Concepción

*Fernando Silva Santisteban: LOS OBRAJES EN EL VIRREINATO DEL PERU. Publicaciones del Museo Nacional de Historia. Lima. Perú. 1964.*

Entre las cada vez más numerosas monografías sobre cuestiones e instituciones económicas indianas, no podía faltar una investigación sobre los obrajes peruanos. También estos han tenido "mala prensa" como decía Lohmann Villena refiriéndose a los corregidores de indios. El autor ha entrado, en consecuencia, en un terreno en el que existe un juicio —o más bien prejuicio— formado.

Examina Silva Santisteban, en el capítulo I, el origen de los obrajes y la política metropolitana, llena de dudas y vuelcos, relativa a ellos. El capítulo II está dedicado a avanzar algunas nociones acerca de las clases de obrajes y, en particular, de los obrajes de sombreros. El trabajo en los obrajes, sus instalaciones, los procedimientos técnicos empleados y las condiciones de los operarios indígenas, constituyen las materias tratadas en el capítulo III. El autor examina en el capítulo IV la legislación aplicable a los obrajes, haciendo algunos comentarios sobre los abusos cometidos con los operarios por corregidores y administradores, así como sobre los conatos de rebelión habidos en algunos de aquellos establecimientos. En el capítulo V se examina la distribución geográfica de los obrajes y, finalmente, unas consideraciones generales concluyen la obra.

Para una comprensión exacta del papel de los obrajes en la economía americana, es necesario comprender previamente las directrices económicas de la economía peninsular. Así lo entiende Silva Santisteban pero, hay que decirlo, el problema es demasiado complejo y mal conocido. Como no procede un análisis acabado de dicha materia, se contenta con dar nociones ligeras, apoyadas en algunos textos legales que llevan a concluir que aquella política fue errónea. Otros factores, tales como la posición de la corona frente al trabajo indígena, tornan aún más difícil el punto. Pero Silva Santisteban sale del paso con la siguiente asertiva afirmación: "No cabe . . . duda alguna que la actitud de la administración española estaba, en relación a sus colonias, encaminada sólo a obtener de ellas el mayor beneficio posible, de acuerdo al criterio íntimo de la Corona (criterio que perdura toda la etapa colonial) de que la economía americana estaba, exclusivamente, destinada a servir a la economía peninsular" (pág. 29).

De interés es la descripción de las técnicas empleadas en los obrajes. El deplorable estilo del autor no permite, por desgracia, llegar a una comprensión exacta de todas las operaciones, algunas de cierta complejidad.

El capítulo IV, sobre la legislación del trabajo en los obrajes, es un modelo de cómo no debe hacerse un análisis histórico-jurídico. No puede aceptarse, en verdad, la descripción que Silva Santisteban hace de los textos que sobre obrajes se encuentran en la recopilación de 1680 (pág. 65) o este increíble párrafo de la página 66, que transcribimos: "Otras cédulas se hallan consignadas en el *Cedulario* de Diego de Encinas, y otras de particular importancia en el primer tomo del *Cedulario Americano del Siglo XVIII*, publicado por Antonio Muro Orejón; en las *Ordenanzas del Perú* de Tomás de Ballesteros, y en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Hispano América*. El resto no han sido compiladas . . .". Sobran los comentarios.

Conviene señalar que las ordenanzas de obrajes del virrey Luis de Velasco se encuentran íntegramente transcritas —y sin anotaciones— en las páginas 70 a 79 de la obra reseñada. No siguió el autor tan prudente camino con las ordenanzas del virrey conde de Santisteban y, como era de esperar, el examen de su contenido carece de importancia.

La distribución geográfica de los obrajes, materia del último capítulo, no es más que un recuento de las factorías de esa naturaleza que existieron en el Perú, anotándose las peculiaridades sobresalientes de cada una de ellas. El empleo de mapas habría sido una acertada medida en pro de la claridad. Incluso con el material recopilado por el autor y con

el uso de técnicas muy simples, se habría podido llegar a interesantes conclusiones sobre la evolución económica de esa industria.

En toda la obra se echa de menos el empleo de un método, de un rudimento de método, del todo necesario en cualquiera investigación. No basta acumular documentación abundante. Hay que trabajar con ella, ordenarla, someterla a crítica, en fin, usar ciertas herramientas indispensables para obtener adecuado provecho. De aquí que, por faltar todo eso, las conclusiones deban recibirse con cautela.

Por último, conviene repetir una vez más que la dedicación a labores históricas no exime de alguna preocupación por la gramática. Es de lamentar que un tema tan atractivo como el escogido por Silva Santisteban se haya malogrado en buena parte, no por falta de información, sino de elaboración.

*Fernando Silva Vargas*

*Manuel Fernández Álvarez: ECONOMIA, SOCIEDAD Y CORONA.* Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid. 1963.

Es ésta una colección de ensayos históricos acerca del Siglo XVI, resultado de artículos publicados en revistas de la especialidad o de conferencias pronunciadas en diversos centros académicos. Esto hace que se trate en este libro una gran variedad de tópicos casi completamente desconectados entre sí y con muy diversa suerte.

En su primera parte, titulada *Coyuntura Económica y Estructura Social*, examina el autor las causas de la ruina económica de España en el mismo período en que política y culturalmente alcanzaba a asombrar al mundo y llega a la conclusión de que los tipos sociales predominantes en ella fueron total y absolutamente incompatibles con el producto humano llamado "homo oeconomicus". Tales productos sociales son propios más que nada de Castilla y son fundamentalmente el hidalgo y el pícaro, ambos bastante bien analizados por Fernández, quien encuentra entre ellos el lazo común del cultivo del ocio. Es posible considerar el análisis del autor bastante valiente pero algo incompleto; se nota la ausencia de un examen de la acción del gobierno frente a los tipos sociales en referencia y a los demás que la época produjo. Creemos que, más bien que por la ausencia del "homo oeconomicus", la ruina española fue consecuencia directa de la inacción de los gobernantes por canalizar correctamente las aspiraciones de los grupos económicos que ciertamente fueron de importancia en muchos de los reinos de la Monarquía Católica, tales como Aragón, Cataluña y Flan-

des, e integrarlas en forma efectiva a la política general. Fernández no escatima esfuerzos por señalar que el genio español produjo figuras relevantes en otros campos de la actividad humana, pero eso ya se da por descontado sin necesidad de leer este libro.

Las partes Segunda y Tercera están dedicadas al análisis de las personalidades eminentes de Carlos V y Felipe II, en el cual se revela el gran amor y admiración que a estos soberanos profesa el historiador. Lo mejor está aquí representado por el trabajo que hace sobre algunos documentos que nos revelan los aspectos más íntimos del hombre que se escondía bajo cada uno de los reyes en referencia: cartas y otros testimonios de la niñez y la vejez felizmente citados nos proporcionan una imagen bastante más atractiva de la que normalmente nos puede dejar el análisis del estadista en ellos. Igualmente, Fernández pone de relieve con acierto el papel jugado por la regente María, Reina de Hungría, Gobernadora de los Países Bajos en el logro del concierto y la armonía entre las dos ramas de la familia imperial, la española y la alemana. En el trazado de la política de Carlos y Felipe se nos muestra una continuidad, por la que el hijo habría seguido a lo largo de su vida las indicaciones que su padre le dejara en los dos cuerpos principales de Instrucciones de 1543 y 1548. Sin embargo el propio Fernández nos señala las inmensas diferencias que entre las dos generaciones reales existieron y ve al padre como un monarca medioeval, deseoso de inaugurar lo que el autor llama una Pax Christiana —y que uno se siente tentado a llamar una Pax Habsburgiana— y de combatir la herejía y el Turco; en tanto que el hijo es un monarca completamente español, más aún, castellano; el primero pertenecía a la totalidad de la cultura occidental y el segundo apenas a algo más que a la meseta castellana. Creemos que, a pesar de las diferencias anotadas, faltó destacar más este contraste de la visión internacional de Carlos y Felipe, que explican las conductas respectivas. La Monarquía Católica, más o menos europea bajo Carlos V, termina por hacerse completamente castellana bajo Felipe y esto lleva a la rebelión de las otras comarcas del Imperio, ante la impresión creciente de ser gobernadas por manos extranjeras y para fines foráneos. Es cierto que Felipe II respetó algunos principios de su padre en materias internacionales: heredó su aversión a Francia —que Fernández se empeña por disimular e incluso negar— y su respeto a Inglaterra, justamente por necesitar la alianza inglesa para contrarrestar el poderío francés, agregado a la necesidad de preservar Flandes, alzado en rebelión abierta. El deseo de amistad con Inglaterra traumatizó al monarca español hasta llevarle a diferir medidas tales como la excomunión papal hasta 1570 y la guerra declarada hasta 1588, siendo en ambos casos la medida demasiado tardía

para surtir efecto. Algunos de estos aspectos fundamentales de la política española pudieron quizás haber sido más desarrollados por el autor.

Luego de una Cuarta Parte dedicada a la elección de Madrid como capital, la Quinta Parte está dedicada a los orígenes de la rivalidad anglo-hispana, en la que se repiten las líneas generales de otra obra del autor, publicada en 1951, titulada *Tres Embajadores de Felipe II en Inglaterra*, y que abarca los años que van entre 1558 y 1568. Allí se da un buen relato de los incidentes ocurridos entre ambas naciones y se nos muestra una vez más la tesis tradicional de que España e Inglaterra eran rivales mercantiles e ideológicos. Tal vez los problemas de Flandes no son suficientemente enfatizados por el autor, lo que le lleva a ver el punto de partida de una acción que no terminaría sino después de la muerte de los dos soberanos rivales —Felipe e Isabel— en 1604, en las correrías de los corsarios, piratas y comerciantes ingleses en las zonas del predominio español, principalmente en los tres viajes de John Hawkins a las tierras del Nuevo Mundo. Fernández, pues, ve toda una concatenación de hechos que parten del incidente de San Juan de Ulúa, continúan con el secuestro del tesoro español destinado a Flandes ese mismo año de 1568 y culminan con la Armada Invencible. El examen atento de los documentos respectivos nos permite afirmar que la batalla entre Hawkins y Don Martín Henríquez en aguas de la Nueva España no fue considerada en Inglaterra en ese momento sino como un incidente de muy escasa importancia y que el secuestro del tesoro obedeció al deseo de Isabel de entabrar la acción del Duque de Alba en los Países Bajos, que se revelaba muy peligrosa para las Islas Británicas. Esperamos poder publicar en breve plazo estas conclusiones, pero desde ahora adelantamos que la línea trazada entre San Juan de Ulúa y la Armada Invencible es muy susceptible de caer trizada por un nuevo análisis documental.

*Julio Retamal Favereau*

*Walter Hanisch Espíndola, S. I.: LA FILOSOFÍA DE DON JUAN EGAÑA. Publicaciones del Instituto de Historia. Universidad Católica de Chile. Santiago. 1964.*

La figura de Juan Egaña Risco (1768-1836) generalmente es identificada con lo que fueron sus dos preocupaciones dominantes: la legislación y la enseñanza. Menos conocida es, sin duda, la raíz a que obedecía su interés en ambos terrenos. A lo largo de toda su vida mantuvo la convicción inquebrantable de que la prosperidad de un pueblo dependía de sus

costumbres. A esta creencia unía una confianza típicamente dieciochesca, ilustrada, en el poder de la ley y de la educación para transformar a los grupos humanos y engendrar costumbres virtuosas. Por eso se le suele calificar como moralista. Pero en un escritor tan prolífico y múltiple como Egaña, hacía falta un estudio de conjunto sobre su pensamiento. Sobre todo porque permitiría averiguar si sus ideas constitucionales y educacionales, que influyeron en la vida de nuestro país, tenían apoyo en una visión más amplia, filosófica del mundo. Esto es lo que ha intentado el P. Hanisch en su estudio sobre *La Filosofía de Don Juan Egaña*.

Semejante investigación presentaba no pocas dificultades, dada la abundante producción escrita de Egaña que se conserva; la disparidad de temas que solicitaron su atención y el modo difícil y oscuro en que expone su pensamiento. Como resultado de ella, nos encontramos con que el pensamiento de Egaña se caracteriza por una erudición vastísima y desordenada, libresca en una palabra. Aunque se ocupó de la mayor parte de los temas que son objeto de la filosofía, anduvo lejos de lograr una visión profunda y coherente de Dios y del universo, que fundamentara su posición ante las cuestiones más inmediatas. Multiplicidad de ideas, no pocas contradictorias, pero carentes de una conexión que las vertebre y sintetice en una visión unitaria.

Su actividad intelectual se volcó principalmente sobre los temas de mayor actualidad en el medio en que se desenvolvía. En este plano gozó de singular autoridad entre sus contemporáneos y conquistó sus mejores logros. Primero, durante las dos décadas últimas del Reino de Chile, se aplicó a tareas docentes en la Universidad de San Felipe y a obras de fomento económico, que por ese tiempo constituían las preocupaciones dominantes. En 1810 no participó en los sucesos mismos que condujeron a la instalación de la Junta de Gobierno. Sin embargo, su defensa del derecho que tuvieron los americanos para proceder de ese modo y los documentos que redactó entonces, en servicio de los sucesivos gobiernos, constituyen algunas de sus más notables producciones en materia constitucional. Después de Rancagua no desfallece su interés por la cosa pública. Confinado en Juan Fernández redacta un cuidadoso Memorial dirigido a Fernando VII. Su prestigio alcanzó el punto culminante al regreso del destierro como activo colaborador hasta 1823 de los distintos gobiernos. A partir de esa fecha, aunque protesta que "yo no salgo de mi tinaja y rara vez pregunto por cosas públicas" (carta a Joaquín Campino, 2 de junio de 1833), el retraimiento no es tan riguroso como para impedirle hacer la apología de su obra en 1823 en Chile y en Europa o presentar memoriales como el "Ensayo Fisiológico, Moral y Psicológico sobre el mejor sistema de apren-

der y enseñar las ciencias y formar la moralidad de los jóvenes" de 1832. En estos años llega incluso a escribir —privadamente, eso sí— "jamás he dudado que las colonias españolas necesitan como dos siglos de amoldamiento bajo un gobierno que teman y respeten para criar costumbres. Las teorías y definiciones abstractas que inventaron los franceses para no practicarlas, deben hallarse en las costumbres y no en los códigos" (carta citada). Palabras que no se sabría si interpretar como nacidas de su despecho por el fracaso de diez años antes o como una nueva manifestación de su excepcional sensibilidad para captar el sentir del medio que lo circunda. En efecto, él, que en el Memorial a Fernando VII decía que América española "es una parte integrante de la monarquía, pero independiente de toda sumisión a provincia alguna de España ni a todo su continente", habla ahora de "colonias españolas" y quien siempre había defendido el valor de las leyes, se declara partidario de ese gobierno "que teman y respeten", cuya semejanza con el poder fuerte y obedecido que a la sazón pedía Portales, hace notar el P. Hanisch.

En todo caso, sus postreros escritos revelan que si al final de sus días se desilusionó un tanto del poder de las leyes para encaminar al país por la senda del progreso, no perdió por ello su confianza en la educación para este objeto, ni flaqueó en su convicción de que en las costumbres radica el fundamento de la prosperidad pública. La revista general de sus escritos muestra también que aquellos en que se ocupa de estas materias forman la parte más importante de su obra y de su pensamiento. La lectura del estudio del P. Hanisch deja la impresión de que si a Egaña no se le puede tener por un pensador, mereció con justicia el epíteto de moralista, que comúnmente se le asigna.

El autor de *La Filosofía de Don Juan Egaña* ha debido introducir en su exposición algún orden para seguir el pensamiento del escritor estudiado. Comienza por preocuparse de los temas fundamentales: la posición de Egaña ante las grandes cuestiones, Dios y la Religión, el alma humana y las demás substancias creadas. A continuación examina su actitud ante las realidades y corrientes de la época: el progreso, el contraste entre el Nuevo y el Viejo Mundo, la independencia, la unidad americana, las relaciones entre religión y estado, la educación y la organización política. Cuida de señalar antecedentes y coincidencias con escritores anteriores y contemporáneos. Finalmente anotemos que a lo largo del libro se intercalan varias digresiones interesantes y documentadas.

Bernardino Bravo Lira

El autor estudia en esta obra las características del Patronato en la época de los Borbones. No quiere identificarlo ni con las tesis de Menéndez Pelayo, ni con el pasado ni el porvenir. Menéndez Pelayo insistió en realzar los valores tradicionales de la época de los Austrias, pero el fenómeno patronatista se extiende a todo el período de la dominación hispana y no es exclusivo de la dinastía de Borbón en el siglo XVIII, que es el período de este estudio. El dominio de los canonistas es en esta época indudable. El regalismo no es fenómeno exclusivo, sino que abarca muchos siglos y a la Europa entera. Los hombres ilustrados del siglo XVIII no se adelantaron, sino que siguen las doctrinas canónicas nacidas fuera de España. Se preocupaban del progreso material, económico y cultural del país; sin embargo en lo canónico "rondaron muchas veces los límites de lo herético", si bien el peso de la opinión general salvó del cisma. Como ejemplos cita dos disposiciones de Felipe V y Carlos IV, en 1709 y 1799 respectivamente, en las cuales los reyes toman el gobierno de la Iglesia con independencia del Papa por circunstancias extraordinarias. Sus causas fueron la ruptura de las relaciones con la Santa Sede por Felipe V, por haber reconocido el Papa la candidatura del Archiduque Carlos al trono de España, la primera, y por la prisión de Pío VI, la segunda. En apoyo de estas doctrinas el rey contó con la opinión de eclesiásticos y prelados.

La doctrina de la potestad indirecta del Estado en los asuntos espirituales reemplaza a la de la potestad indirecta de la Iglesia en el Estado, invirtiendo los términos. Estaba en juego el saber qué pertenecía al rey y qué pertenecía al Papa en materia jurisdiccional y señalar sus límites, que resultan cada vez más estrechos para la Iglesia, que todavía sufre disminución del poder del Papa en favor del de los obispos.

El tema de la obra enfoca en especial el problema del Regalismo borbónico en América, que comienza como Patronato para pasar a Vicariato y finalmente ambos se engloban en la Regalía, o sea facultades propias e inherentes a la corona. Considera el autor que en el siglo XVIII sube en importancia el Patronato en tanto que decae el Vicariato para dar lugar a las regalías mayestáticas.

Las aplicaciones a América son además de la concepción y extensión de las regalías mayestáticas, el estudio particular de las regalías en sedes plenas y vacantes y la regalía sobre las rentas vacantes, tema económico este último muy de la especialidad de los ilustrados españoles.

El desarrollo de la obra es un trabajo de interpretación directa de los textos más importantes sobre el tema y cuatro apéndices con textos completos sobre el regalismo borbónico.

Este enfoque sobre la realidad patronatista de América en un período particular tiene suma importancia para el conocimiento de las formas de ejercicio del poder real de los Borbones en el ocaso del poder español y su doctrina y práctica proyecta luz no sólo sobre el período, sino también en los acontecimientos que se desarrollan en la independencia y en los años de la organización. La atención de la monografía de una parte del Patronato-Vicariato-Regalía ofrece nuevas luces y puntos de reflexión en un tema que tantas veces ha sido tratado, pero que está todavía en vías de completarse desde nuevos ángulos.

El autor toma, es verdad, posiciones en sus precisiones, y discute otras, lo que indudablemente dará ocasión de nuevas aclaraciones interesantes.

Hay que alabar en el autor su preocupación sobre el tema que debate las actitudes de dos dinastías en el gobierno eclesiástico de América y las novedades que aporta.

*Walter Hanisch Espindola S. I.*

*Guillermo Feliú Cruz: MEMORIAS MILITARES PARA SERVIR A LA HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE, DEL CORONEL JORGE BEAUCHEF. 1817-1829. ESTUDIOS DE JOSE MIGUEL INFANTE, ESTEBAN HIPOLITO BEAUCHEMIN, ANDRES BELLO, BENJAMIN VICUÑA MACKENNA, JOSE BERNARDO SUAREZ, GONZALO BULNES, DIEGO BARROS ARANA, PEDRO FIGUEROA, VIRGILIO FIGUEROA, ERNESTO DE LA CRUZ, PEDRO P. DARTNELL E. Editorial Andrés Bello. Santiago. 1964.*

El grueso volumen que comentamos, viene a ilustrar con nuevos antecedentes diversos aspectos del complejo proceso de nuestra guerra separatista y la ocasión que nos brinda para acotar algunas reflexiones sobre dicho tema, no queremos dejarla pasar por alto.

En cierta manera, estas memorias vienen a constituir una autobiografía de primera clase, referente a un atractivo héroe de nuestra independencia, pero la cantidad y calidad del material añadido, la novedad de mucho de él, la orientadora introducción del editor, las transforman en algo más que un merecido homenaje personal a Beauchef, haciendo desbordar su interés en el conjunto de la problemática de este período histórico.

Hemos dicho que don Jorge Beauchef fue un héroe de las guerras de la independencia; su brillante actuación en cada uno de aquellos hechos militares, hasta su intrépida conducta en la toma de las fortalezas de Valdivia bajo la suprema dirección de Lord Cochrane, eran sucesos que conocíamos y que desde un punto de vista concreto no cabía completarlos sino acaso en meros detalles. La presente publicación, en cambio, por la época en que viene a aparecer, en todo distante de aquélla en que las pasiones políticas y falsos patriotismos ofuscaron a menudo la imparcialidad del juicio de nuestros historiadores, nos permite examinar más serenamente algunos rasgos de la conducta y carácter de este tipo de héroes, del alcance de sus juicios respecto a los hechos en que actuaron, circunstancias todas que en otras épocas, pasaron inconsciente o conscientemente desapercibidas.

En su introducción, don Guillermo Feliú Cruz, a la luz de la ingente documentación reunida, nos presenta al protagonista con un método acertado: lo entrega a la apreciación individual de los lectores, resaltando sus rasgos brillantes, pero sin ocultar las notas discordantes de su personalidad, conducta y carácter; no da respuesta a las interrogantes que este claroscuro plantea, delega en el lector el último juicio. Esta postura objetiva no impide que nos hable de sus deficiencias sin rodeos ni atenuantes: retengamos aquí de pasada dos de sus frases: "Beauchef fue un hombre de mal carácter. Era de genio arrebatado y acometedor. Violento e imperioso. Los hechos de la vida que contrariaban la disciplina militar en los cuales se moldeó su espíritu, le enardecían, le sacaban de quicio... la intolerancia concluyó dominándolo. Los achaques lo tornaron en un viejo cascarrabias. Estallaba fácilmente a la menor contrariedad" (p. XVII). "...no tenía temperamento para transar (sic)... la rudeza caracterizaba su pensamiento. Lo exponía con exuberante vitalidad, con pasión incontenible. Los términos medios, las insinuaciones... lo hacían estallar en arrebatos de ira..." (p. XXIX).

Estos eran algunos de los rasgos de la personalidad de Beauchef precisamente hacia la época en que escribía sus memorias y deben tenerse en cuenta para apreciar el alcance de muchos de sus juicios y actitudes. Otro deriva del simple hecho de su nacionalidad; como buen francés, nuestro héroe se muestra empapado de una fuerte pasión antiespañola; él mismo lo reconoce hidalgamente (p. 81): al enrolarse en las filas patriotas hispanoamericanas "es preciso confesar que me animaba todavía un pequeño espíritu de venganza..." "les guardaba singular rencor a estos bárbaros españoles que me habían maltratado" (p. 79).

Si todas estas circunstancias nos hacen comprender mejor muchas de sus actitudes, también nos permiten admirar con mayor veneración los

rasgos nobles de su carácter a la vez caballeresco. Destaquemos tan sólo el caso de los sobrinos del obispo Rodríguez Zorrilla (p. 116), que le ofrecen seguro refugio bajo su protección si eventualmente las fuerzas realistas vencían en Maipú, circunstancia que supone cordiales lazos de amistad por sobre extremos antagonismos políticos, precisamente en el momento culminante de aquella contienda. Más claro y elocuente es aún el caso de sus relaciones con el bravo Ordóñez (p. 118), a quien, ya prisionero y sin siquiera conocerlo, regala un caballo como testimonio de admiración a su heroica conducta.

Frente a esto extrañamos su mezquino juicio hacia Quintanilla. Se aparta aquí Beauchef de la cordura y desapasionamiento con que otros próceres valorizaron al gallardo jefe que en la soledad y pobreza más absolutas y con solo la fidelidad chilota y su personal talento rechazó los reiterados ataques de fuerzas mucho más poderosas: "...lo cierto es —dice despreciativamente— que de un comerciante no se hace tan luego un general. Era honrado, buen administrador y nada más..." (p. 250). Cuando se piensa que tal comerciante descalabró primero a un almirante inglés especialista en victorias clamorosas y luego al propio Director Supremo de Chile asesorado por los mejores jefes militares chilenos y extranjeros de que se disponía en el momento, se duda de la ecuanimidad del memorialista, sobre todo si se recuerda que la superioridad y talento militar de Quintanilla desbordó de tal manera las posibilidades nacionales que llegó a preocupar a Bolívar, quien consta que pensó resolver el problema por su cuenta, comprobada la inferioridad de la estrategia chilena con el fracaso de la expedición conquistadora de Freire. Parece que es hora de hablar de este momento histórico con ecuanimidad, sobre todo si se señala claramente el hecho de que los combatientes por ambos bandos eran en su inmensa mayoría chilenos y su mutuo comportamiento, heroico. Los descalabros patriotas en Chiloé deben ser limpiamente reconocidos como tales sin los exquisitos eufemismos contemporáneos, cuando se decía de los derrotados y de Freire, su jefe —no resistimos a la tentación de transcribirlo—: "El héroe que los condujo, tan prudente y cauto como Fabio, no quiso concluir su empresa por salvar la escuadra... El vuelve de Chiloé más glorioso que Xenofonte de Asia Superior, porque no ha tenido que contrarrestar a los Tisafernes y Orontas, sino a los elementos amotinados..." (p. 378).

En general, la meditación más amplia de todos estos sucesos sugiere la idea de que muchas veces se han simplificado demasiado los hechos, despojándolos de aquellos imponderables que encarnaron su viva realidad. Los cuadros rígidos con que se nos han presentado no admiten generalmente elasticidad y eliminan matices de suyo difícilmente asibles a la dis-

tancia y el tiempo; la catalogación simplista de los actores en buenos y malos es hora de que vaya siendo archivada. La independencia no fue solo problema de españoles y americanos; habría que distinguir acaso entre república y monarquía, revolución y tradición, absolutismo y liberalismo, en fin, simplemente regionalismos, subtendencias y matices sobre los cuales no se ha reparado suficientemente.

No queremos terminar sin dejar de aludir a algo más en esta breve nota. Tras la figura del héroe, presentada a través de tanta variedad de ángulos como fuentes se acopian en el presente tomo, se encubre en un discreto segundo plano la del editor, a cuya erudición debemos la oportunidad de poder disponer para la investigación de publicaciones de este tipo. Doscientas treinta y tantas fichas bibliográficas, sesenta láminas, extensas introducciones, once estudios biográficos de distintos autores, un copiosísimo epistolario y cuatro índices nos dicen con su sola enumeración el caudal de recursos de Feliú Cruz, que se desenvuelve con soltura en uno de sus campos preferidos; no se puede negar que se nos muestra todo lo que mostrarse podía del personaje tratado. A lo ancho y a lo largo, la obra tiene la solidez de los instrumentos de valor duradero, al que una elegante presentación y cuidada tipografía dan adecuada prestancia. La abundancia de material hace imposible evitar algunas erratas; advertimos —todo hay que decirlo— invertidas las láminas 36 y 52 y entre las fichas de memorialistas chilenos y extranjeros de la independencia echamos de menos las memorias del General Francisco Vidal (Lima, 1949 y 1950). Magnífica edición la que comentamos, nueva cantera útil para el estudio siempre apasionante de la historia de nuestra independencia.

*Gabriel Guarda O. S. B.*

*Carmelo Sáenz de Santa María, S. I.: EL LICENCIADO DON FRANCISCO MARROQUIN, PRIMER OBISPO DE GUATEMALA. (1499-1563). Ediciones Cultura Hispánica. Madrid. 1964.*

Destinada a conmemorar el cuarto centenario del fallecimiento del fundador de la iglesia guatemalteca —ocurrido el nueve de abril de 1563— el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid ha tenido la feliz iniciativa de imprimir la valiosa obra del padre Sáenz de Santa María sobre don Francisco Marroquín; bien merecía este homenaje quien, junto a un Zumárraga, un Mogrovejo, un Quiroga, un Las Casas, un San Miguel o un Serra

se perfila con nobles caracteres entre las columnas de la iglesia hispanoamericana.

Pastor de recia figura, Marroquín se presenta elevado sobre la marea de pasiones sobrenaturales o simplemente naturales que agitaron los primeros tiempos de la conquista. Frente al delirio apostólico del ala más idealista de la misión americana aparece sobrio, todo equilibrio y cordura, pero no por eso menos eficaz y activo en la delicada tarea de la extensión del Reino de Dios, ni menos fecundo en sus realizaciones prácticas, notablemente perdurables en el tiempo y en la historia.

Llama la atención respecto al primero de los puntos señalados su caritativa actitud frente a los desbordes del insigne y discutido Las Casas; de la lectura de la presente obra sale inmaculada la figura del obispo de Guatemala frente a las intrigas del popular prelado de Chiapas; muy objetivo en sus proceder, Marroquín fue por igual apóstol de indios y españoles, arquetipo de aquellos misioneros que, como los grandes colonizadores, sintieron e hicieron realidad la fusión de las dos razas, sin las odiosas reservas que la historia nos ha hecho conocer posteriormente a través de los dolorosos fracasos misionales en otros continentes y entre otras razas.

Como autor del método de las reducciones, a Marroquín no sólo lo guía la búsqueda de la mejor técnica misional, sino, como lo manifiesta elocuentemente a Carlos V en 1537, la necesidad de que en el contacto interracial "conocerlos hemos y conocernos han". Celoso en el servicio de Dios y la santidad del culto, dentro de una línea tradicionalmente católica, es además libre en sus métodos y audaz en sus realizaciones. Es simbólico en este sentido la consagración que hace del altar de obsidiana del templo de Tecpán; como dice su biógrafo "conservó lo conservable y santificó lo santificable".

Al lado de la idea de las reducciones hay varias otras de calibre que agregar al haber de Marroquín, gracias a las cuales su talla se enaltece en la historia de la cristianización del nuevo mundo. Su intento de llevar al concilio tridentino la problemática de la misión hispanoamericana, promoviendo incluso una especie de congreso especial en Trento para todos los interesados en el común afán de acertar con la más óptima fórmula capaz de encarar con éxito la novedad de la evangelización de las nuevas tierras, es una iniciativa que lo enaltece y muestra en todo su porte la ambiciosa envergadura de sus empresas. A su notable labor científica como autor del primer catecismo en lengua cakchiquel se le suman además, en favor de la culturización indígena, dos iniciativas sobresalientes: la redacción de las llamadas *Teologiae Indorum*, que pusieron al alcance de los naturales los fundamentos de la religión y la fundación de la Universidad de San Carlos

de Guatemala, inicialmente Colegio de Santo Tomás, para la educación superior de los mestizos.

El padre Sáenz de Santa María transcribe en el volumen que reseñamos alrededor de setenta escritos del Licenciado Marroquín; son ellos una rica cantera para la historia personal del biografiado, de las primeras etapas de la conquista de América, de Guatemala en especial, de los orígenes, en fin, de la evangelización americana.

A la voz de un lacónico "perdone V. M. pues por ser vuestro criado y capellán soy obligado a aconsejar y no callar"... tajante y sin rodeos, nuestro obispo se explaya en sus relaciones epistolares con el monarca con esa característica sencillez de los súbditos del rey castellano. Su prosa retrata una personalidad de rasgos vastos y definidos, sin primores retóricos ni remilgos cortesanos. El fundador de una iglesia —en los dos sentidos del término— desbroza obstáculos, traza directrices, señala rumbos, siempre en un estilo enjundioso en el que se habla de todo, no sin cierta ironía y gracia. Son documentos de extraordinario valor que delatan fuerza y vitalidad creadora, cuyo diestro manejo parece haber influido en el autor del libro, al presentárnoslo denso de contenido, en un estilo peculiar, sobrio y dinámico, no por eso menos sabroso y apasionante, ventana abierta a los legendarios días de la conquista espiritual de América, caos de actividad, donde a parejas con apóstoles que recorren pueblos "uno a uno", nos divertimos frente a prematuros beneficiados provistos de canongías antes de la erección de los obispos, donde funcionarios civiles de conducta atrabiliaria comparten su puesto con heroicos misioneros y prelados que como Marroquín mueren viejos, "gastados", sus proyectos realizados a medias en el tumulto como de feria de unos exuberantes escenarios tropicales. Cuadro vivo y sugerente de los fundamentos de nuestra iglesia, verdadero modelo de monografía para un campo historiográfico que clama por verse más transitado.

*Gabriel Guarda O. S. B.*

*Guillermo Lohmann Villena: LAS DEFENSAS MILITARES DE LIMA Y CALLAO.*  
Academia Nacional de la Historia del Perú. Escuela de Estudios  
Hispanoamericanos. Sevilla. 1964.

Caso curioso el de la arquitectura militar de nuestro pasado. Su solo nombre, considerado en abstracto, parecería querer circunscribir su interés al exclusivo ámbito de un menudo grupo de especialistas, acaso entorchados oficiales reunidos en estratégico conciliábulo.

Si no bastara el hecho harto elocuente de que las muestras de tal arte fuesen hoy bocado preferido de turística voracidad, bastara la lectura de una obra como la que reseñamos para espantar buena parte de nuestras injustas aprehensiones y hacemos revisar con más amabilidad nuestro enfoque del tema.

En épocas en que el atuendo del soldado era de museo y en que el militar mal vestido era despreciativamente calificado de "dominguejo, espantajo de huerta, que al principio le temen las aves y luego se asientan sobre él" (Rosales); en que las naves atacantes —mascarones de proa a castillos de popa— eran deslumbrante espectáculo de velamen, flámulas, grimpolas y estandartes reales; en que la artillería encargada de repelerlas, con sus tarjas, nombres y blasones no debía quedar artísticamente inhibida ante sus airosas ostentaciones y en que, proporcionalmente, las construcciones castrenses dedicadas a albergarla debían salir igualmente indemnes de tan artístico certamen; no es extraño que en tal contexto, decimos, nuestra arquitectura militar no sólo no fuese una máquina escalofriante de achataadas casamatas, pero, al revés, despliegue de elegantes baluartes, torreones, caballeros, traveses, garitones y orgullosas portadas, ufanas de frondosa heráldica y rótulos barroquizantes, materia, en fin, que mejor diera entretención a artistas que a sahumados expertos en el arte tormentario.

Sin que la presente obra descuide el interés técnico de las construcciones estudiadas, su autor cumple honradamente en distinguir en este aspecto las limitaciones del aparato defensivo peruano frente a la elevada categoría que en el mismo campo ofrecen sus congéneres del Caribe. Por una serie de razones cuidadosamente analizadas a lo largo del libro, en general, derivadas de la lejanía de las costas del Pacífico en relación a las bases de los atacantes europeos, las fortalezas marítimas del Perú, como las de Chile, debían cumplir con un discreto rol amedrentador, bastante para llenar sus metas primordiales: cohibir al enemigo con la noticia de que lo esperaban defensas. Para su definitiva derrota contábase con la alianza de la naturaleza, que con sus implacables temporales suplía lo que a aquéllas faltaba.

Destacamos un aspecto interesantísimo que acota el autor, útil para la historia urbana de estos lugares: las murallas y castillos no sólo significaban defensas, sino un honor para las ciudades que los ostentaran; ve el autor en esto una reminiscencia medieval en una época en que tal tipo de protecciones estaba generalmente superado y a fuerza de testimonios, llega discretamente a persuadirnos que los grandes recintos murados de Lima y el Callao, más que un valor auténticamente estratégico, resultaron casi me-

ramente decorativos, dignos, por lo demás, de la grandeza de la metrópoli virreinal y de su ponderado emporio marítimo.

La historia exhaustiva de estas defensas es la que nos ofrece Lohmann Villena en esta obra que calificamos desde ya como modelo en su género. Si es cierto que ella es accesible a legos, no dejará por ello de ser plato suculento para la bulimia de los especialistas que quedaran ampliamente saciados con toda clase de pormenores: circunstancias y nombres de una legión de ingenieros y artífices, planos, diseños, artillerías y calibres, como de cuanta pista posible pueda darse sobre los diversos especímenes del noble armamento de la cabeza y corazón del virreinato.

Aunque el autor proclame que se limita a historiar el acaecer de las solas construcciones militares, marginando todo lo referente a planes generales sobre la defensa marítima de las costas virreinales, no será parca la cosecha de fuentes que recojan quienes se interesen por este último apartado.

Es por esto que la importancia de la obra para el historial de las fortificaciones chilenas no sólo sea grande, sino además indispensable. Por una parte el autor alude al rol estratégico de las fuerzas estudiadas, su peditado en gran parte al de los antemurales de Valdivia, Chiloé y Juan Fernández y por otro, la cronología de las fortificaciones limeñas y chalcas da ocasión a un lucido desfile de personalidades relacionadas las más de ellas en la consolidación de nuestro aguerrido Flandes Indiano. Desde Alonso de Ribera, Osorez de Ulloa, Peñalosa y Briseño, Lozano de las Cuevas o Flores de León, hasta Venegas Osorio, Vasconcelos, Quiroz, Herrera, Mancera, Ribero, Martos, Montoya, Delso, Mejía, Guznán y Toledo, Lozano de Rojas o Pusterla, pasando por el abigarrado muestrario de filibusteros que desde Drake a Anson, con sus inefables fechorías en nuestras costas, tocarían la alarma en todo el ámbito del continente, son innumerables las referencias a gobernantes, militares, ingenieros y teorizantes ligados a la historia de la arquitectura castrense de Chile que vemos desfilar a través de las páginas del estudio que comentamos.

Más aún, la problemática que generan los complejos defensivos de Lima es la misma que da origen a sus equivalentes australes; la discusión sobre el mejor partido a seguir ante la disyuntiva de fortalezas o armadas, la misma que determinará también en Chile la elección de aquéllas en detrimento de éstas; idénticos, en fin, los supuestos que concluirán en la construcción de obras teóricamente incompletas pero eficaces en la práctica. Para la elaboración de la historia de nuestra arquitectura militar, —de cuya ausencia, con justa razón, se lamenta nuestro investigador— ha de ser así esta obra no sólo cantera fecunda, sino botín apetecible donde, con su venía, probablemente haya que entrar a saco...

Réstanos agregar que una vez más, como en todas sus producciones, Lohmann Villena se nos muestra exhaustivo, exactísimo y con ese equilibrado criterio valorativo que crea escuela a la vez que lo hace inobjetable. Su capacidad de síntesis, sin el estéril sacrificio de exquisitas menudencias, le permiten reducir lo que acaso hubiese requerido más de un tomo, a sólo 217 densas páginas; su acopio de fuentes y bibliografía es abrumador, suponiendo el necesario tecnicismo de las materias abordadas, la adquisición de un buen bagaje de conocimientos poliorcéticos que transforman al historiador de tantos otros temas en un especialista consumado en táctica. La universalidad de sus recursos le permite no dejar cabos sueltos y su erudición, llena de buen humor, el atarlos a extremos inesperados, sin detrimento de la unidad narrativa, expresada, como siempre, en cultísimo castellano. Entre los bastidores de la burocracia madrileña es así posible seguir el emocionante recorrido de los fondos para la armada virreinal, los que después de destinados a la defensa de nuestras costas, por esos misteriosos artilugios oficinescos, van a parar al sustento del sitio de Breda, cuyo inesperado colofón, para consuelo de las artes, será nada menos que la célebre tela de "Las Lanzas", de Velázquez. El ataque de Lhermite al Callao tiene también, entre otros desenlaces, inspiradas producciones de los estros poéticos de Lope de Vega y Quevedo, que a manera de entremeses nos brinda el autor en medio de un abundante banquete de guarismos militares.

Y para hallar en nuestra obra alguna especie de laguna, permítasenos lamentar que se detuviera en 1746 el estudio de las fortificaciones chalcas, marginando, so pretexto de estar ya hecha, la historia del Real Felipe, tan cargado de glorias como importante desde el punto de vista técnico. Es cierto que ya se ha escrito sobre el vetusto bastión, pero hubiese sido utilísimo tener reunido en un solo cuerpo todo el material referente a las defensas del histórico puerto limeño, escrito con los valores de la obra que celebramos.

Gabriel Guarda O. S. B.

*Manuel Rivas Vicuña: HISTORIA POLITICA Y PARLAMENTARIA DE CHILE.*  
I. Las administraciones de 1891 a 1910. II. La administración de Ramón Barros Luco (1910-1915). III. La administración de Juan Luis Sanfuentes (1915-1920). Publicala con un esbozo biográfico Guillermo Feliú Cruz. Ediciones de la Biblioteca Nacional. 3 vols. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1964.

Casi treinta años después de la muerte del autor se publica, con el nombre de *Historia política y parlamentaria de Chile*, una parte importante

de los papeles de Manuel Rivas Vicuña. Estos han sido ordenados por el compilador a fin de presentar en forma sistemática las anotaciones, memorias y apuntes que se han conservado del archivo de aquel político.

La primera parte cubre un período que va de la Junta de Gobierno de 1891 a la administración de Pedro Montt (tomo I, págs. 1 a 131). La segunda parte se refiere a la administración de Ramón Barros Luco (tomo I, págs. 135 a 610). La tercera es la historia de la presidencia de Juan Luis Sanfuentes (tomo II, págs. 3 a 273). Desde la página 276 a 525 del tomo II y 527 a 688 del tomo II (la foliación es continua), se contiene una heterogénea cantidad de notas históricas, copias de documentos, bosquejos de trabajos futuros del autor, artículos periodísticos, etc. La bibliografía parlamentaria del señor Rivas abarca las páginas 689 a 775 del tomo III. Completan el volumen numerosos índices temáticos, de nombres, generales y otros similares.

La abultada publicación de la Biblioteca Nacional ha sido prologada por su director Guillermo Feliú Cruz. El advertido lector extrañará, ciertamente, el breve desarrollo que aquél ha dado al esbozo biográfico del autor, apenas veinte páginas. Con facilidad y agrado puede, en consecuencia, iniciar el examen de los escritos del señor Rivas.

La primera parte —fácil es advertirlo— es la más débil. Y no podía ser de otro modo si se toma en cuenta que el autor careció de documentación adecuada. Con sólo sus recuerdos —y, con toda certidumbre, con algunos tomos del Boletín de Leyes— pudo elaborar una esquemática reseña de las administraciones hasta 1910. Para el autor lo de mayor relieve parece ser la labor del parlamento. Una fatigosa enumeración de leyes aprobadas en ese período constituye la médula de esta sección. La monotonía se rompe, ocasionalmente, para dar paso a atisbos que dan cierto interés a la obra. Al tocar el tema de la inestabilidad ministerial durante el gobierno de Germán Riesco, anota que todo el peso de la administración recaía, como lógica consecuencia, en los Subsecretarios de Estado y en los jefes de servicio que “cada dos o tres meses, en lugar de recibir nuevas directivas, tienen que enseñar a los ministros la lección de los presupuestos para que la repitan ante el parlamento” (tomo I, pág. 74). Interesantes conclusiones sobre la continuidad de la gestión gubernativa, opuestas a la opinión común, podrían derivarse de aquí. Incluso esa observación —por demás conocida aunque olvidada— serviría de adecuado marco para un estudio sobre el verdadero papel de los ministros durante la república parlamentaria.

La segunda parte es, sin lugar a dudas, de mayor importancia por el cúmulo de observaciones que, sobre Ramón Barros Luco, los políticos de más relieve en ese lustro y la vida agitada de los partidos, proporciona el

autor. Como una introducción al período, ofrece una visión de los últimos años del gobierno de Montt. Con pluma segura anota los rasgos principales del personaje. "Hombre de sociedad —expresa— cultivaba con esmero sus vastas relaciones y las amistades que desde antaño constituían el vínculo más sólido de su partido. No buscaba al pueblo ni trataba de halagarle con frases o promesas. Sólo salía del círculo elevado en que se desarrollaba su vida, para atravesar cada mañana el Mapocho e ir allá a la calle de los Olivos a ejercer la dirección de la Casa de Orates y a ocuparse, paternalmente, de la situación de los alienados. No había tenido un hijo, ni había publicado un libro, ni plantado un árbol; sin embargo, llevaba una vida intensa, prestaba servicios constantes y, a veces, eminentes a su país. Aparecía ante la gran masa como en la penumbra, fraguando cosas desde la gruta de su departamento en la galería de San Carlos, casi sinietro" (tomo I, pág. 137). Bocetos como éste abundan en la obra. Breves, sin excesiva profundidad, son, en general, equilibrados y certeros.

Al Presidente Barros Luco, por quien no oculta su admiración, le dedica un largo capítulo, de todo punto necesario, por lo demás, para la acertada comprensión de los sucesos posteriores. En la desconocida historia chilena del siglo XX, Barros Luco es la figura más popular. De él ha quedado lo anecdótico. Aunque Rivas recoge mucho de esto, es probable que sus memorias contribuyan a depurar la imagen que se tiene del hombre que, a los setenta y cinco años, llegó a la Presidencia de la República. Es fácil comprender que a esa edad el escepticismo prime sobre los ímpetus de la juventud. Sin embargo, tan elemental principio no se toma en consideración al juzgar al político que simboliza todo un régimen. Para Rivas, al contrario, Barros Luco reunía numerosas cualidades. A ellas se agregaba la experiencia. Su primer nombramiento como ministro databa de la presidencia de Errázuriz Zañartu. Los que le sucedieron habían utilizado sus servicios. En los gabinetes, en el parlamento, en la diplomacia, donde se requería tino, sagacidad, allí estaba Barros Luco. Cuando Rivas era secretario general del Partido Liberal, el ya anciano hombre público le había dado algunos consejos. "La política —habría dicho Barros— es el arte de lo posible. Es necesario realizar lo que se pueda, sin retardarlo en espera de conseguir un ideal por el momento imposible. Avanzar, avanzar siempre, a la velocidad que permite el estado del camino, así, poco a poco, pero seguramente vamos acercándonos al fin que perseguimos. En la política... no se reconoce jamás el esfuerzo sino el éxito. Todo lo que Ud. trabaja hoy le será reconocido si triunfa, pero nadie tomará en cuenta su esfuerzo si pierde. Y, por último, no busque Ud. nunca la lógica en la política porque no existe..." (tomo I, pág. 209). No se compadecen del todo estas decla-

raciones con la tradicional imagen de la inmovilidad, de la absoluta pasividad del Presidente. Y Rivas procura en todo momento desvirtuarla y dejar bien en claro que Barros Luco buscó siempre impulsar las iniciativas de bien público que urgían, actuando con enorme habilidad y tacto para sortear escollos. "Errázuriz Echaurren se manejó diestramente para gobernar con la combinación que le llevó al poder— escribe Rivas Vicuña—, pero tuvo que cambiar frecuentemente sus ministros. Riesco, con menos experiencia política, perdió el control de los partidos y se dejó dominar. Don Pedro Montt luchó con la oposición y mantuvo vigorosa la autoridad presidencial. Barros Luco no luchó, ni se dejó conducir" (tomo I, pág. 596). El párrafo transcrito, que parece un simple alarde retórico es, sin embargo, rico en sugerencias. Resume en una frase el estilo de gobierno adoptado por el anciano mandatario. Además, señala la existencia de matices en los diversos períodos de la república parlamentaria. Vale la pena reflexionar si puede seguir admitiéndose la afirmación de que esos siete lustros han tenido como único distintivo la "paz octaviana" de que hablan ciertos historiadores. El problema, como siempre ocurre, es más complejo de lo que desean los aficionados a consignas. No se requiere un exceso de sensibilidad para captar las diferencias de "tono" que existen entre las diversas administraciones de aquel régimen. Pretender elaborar —como se ha hecho— un análisis serio del período sobre la base del promedio de ministros que corresponde a cada Presidente demuestra, además de falta de imaginación, una encantadora ingenuidad.

Mucho insiste Rivas en destacar la idea que tenía Barros de su función. Al Presidente le correspondía administrar e iniciar ciertas leyes. No podía mezclarse en la lucha partidista; lo contrario habría sido opuesto a su prestigio de Jefe de Estado. De aquí que estimaba que los parlamentarios eran libres de hacer las combinaciones que les fuera de su agrado. A Barros Luco sólo le interesaba el apoyo de las mayorías. "Si (los parlamentarios) no la constituían, tanto peor para ellos; el Presidente gobernaría con sus amigos y buscaría los elementos que interpretarían la mayoría parlamentaria, o pudieran contar con ella, o llamaría a todos los partidos a su lado" (tomo I, pág. 597). Para comprender esto en todo su alcance, no hay que olvidar que, como bien anota Rivas, el Presidente Barros Luco es la expresión más fiel del régimen parlamentario. Creía y confiaba en él, a pesar de no ocultársele sus defectos. Su mayor preocupación era, entonces, adaptar sus deseos de gobernante al sistema de reglas no escritas que fue el parlamentarismo criollo.

La historia de la administración Sanfuentes carece de la fuerza, vivacidad e interés que tiene el relato cuando quien escribe, es no sólo tes-

tigo presencial, sino protagonista. Mayor importancia tiene para el autor —y a su recuerdo le dedica buena parte del tomo II— el nacimiento y desarrollo de la candidatura Alessandri, las convenciones presidenciales (capítulo XII) y la elección de 1920 (capítulo XIII). Más adelante y en casi treinta páginas, analiza las difíciles gestiones que llevaron a la formación de un tribunal de honor que fallara las reclamaciones electorales y decidiera cuál de los candidatos, Alessandri o Barros Borgoño, tenía mejor derecho a la Presidencia de la República.

En el apéndice de este tomo III el lector puede encontrar, entre otras cosas, unas notas muy útiles sobre las campañas presidenciales desde 1891 a 1920; un relato inédito sobre la elección de don Crescente Errázuriz como Arzobispo de Santiago y las bases, también inéditas y redactadas por el señor Rivas Vicuña, para la organización del tribunal de honor a que ya nos hemos referido.

No cabe emitir juicios de carácter histórico sobre los libros de memorias. Son ellos auxiliar indispensable para el investigador, aunque deben ser manejados con suma precaución. La obra de Manuel Rivas, que no constituye una historia parlamentaria, como podría creerse por el título, adolece de las limitaciones inherentes a aquéllos. Sin embargo, viene a llenar un vacío sensible. Es extraño que, aunque sea frecuente la crítica acerba del período llamado parlamentario, pocos se hayan interesado en estudiarlo seriamente. Existen investigaciones sistemáticas, de desigual valor, de las administraciones de Jorge Montt, Federico Errázuriz Echaurren, Germán Riesco y Arturo Alessandri. Y nada más. Esto, a pesar de la casi increíble cantidad de fuentes, todas de fácil acceso, que es dable utilizar. Nuestros historiadores prefieren, aparentemente, mirar treinta años de vida del país a través de los ojos del doctor Valdés Cange, el inefable autor de *Sinceridad*.

*Fernando Silva*

Francisco Antonio Encina: BOLIVAR<sup>1</sup>. Volumen I (1957): EL IMPERIO HISPANICO HACIA 1810 Y LA GENESIS DE SU EMANCIPACION. Volumen II (1958): LA PRIMERA REPUBLICA DE VENEZUELA. BOSQUEJO PSICOLOGICO DE BOLIVAR. Volúmenes III (1961) y IV (1962): INDEPENDENCIA DE NUEVA GRANADA Y VENEZUELA. Volumen V (1954): EMANCIPACION DE LA PRESIDENCIA DE QUITO, DEL VIRREINATO DE LIMA Y DEL ALTO PERU. Editorial Nascimento. Santiago.

El último volumen de los ocho que componen este ensayo (véase la nota), se puso a la venta en Santiago de Chile justamente el día de la muerte de su autor, ya nonagenario. Completó así don Francisco Antonio Encina un prodigioso esfuerzo intelectual: en el declinar de su vida, derrotando lo que él mismo llamaba "la usura de los ochenta y cinco años", conservando intactos el brillo y la lucidez de la mente y la energía de la voluntad, pudo llevar a término una obra capaz de atemorizar a hombres mucho más jóvenes: dibujar la figura del Libertador, situándola en el marco de su tiempo y de los hechos complejimos que dieron la independencia a medio continente. Esta longevidad de la mente y del esfuerzo, sólo admite comparación —en la lengua hispana— con la de Menéndez Pidal, que hace poco nos asombraba con su polémico *Padre Las Casas*, y es verdadera lección para los que cultivan la ciencia histórica.

Como todos los estudios de Encina, éste suscita dudas importantes. El autor emite juicios demasiado generales y definitivos, muchas veces sin señalar sus fuentes, ni aun sus fundamentos. Tiene además ciertas ideas fijas, casi obsesivas, de tipo sociológico o científico, que tampoco aparecen comprobadas. Su forma "intuitiva" de abordar la Historia a menudo rebasa los límites tolerables. Prescinde olímpicamente de las opiniones ajenas. Pero estas fallas desaparecen, arrasadas por un torrente impetuoso y fascinante: el constituido por una inteligencia de vuelo excepcional, unida a un profundo conocimiento de la Historia.

Antes de analizar los primeros cinco volúmenes de la obra, hagamos una reflexión que va en beneficio de ediciones futuras. El estilo literario de Encina es, como se sabe, peculiarísimo, distintivo: tocarlo, sería matar su espontaneidad. Pero ello no obsta a corregir ciertas deficiencias gramaticales demasiado evidentes —por ejemplo, repetidas faltas de concordancia entre sujeto y verbo— que hacen desmerecer la obra. Es muy explicable que a Encina (que muchas veces dictaba sus ensayos) "se le pasaran" estos motes,

<sup>1</sup>Los últimos tres volúmenes de Bolívar (*El duelo con el sino. La lucha por la estructuración política de los pueblos libertados*) se reseñarán en el próximo número de *Historia*, por cuanto el tercero de ellos apareció en 1965, formando todos un solo cuerpo o ensayo.

pero un editor acucioso puede y debe repararlos. Lo mismo se aplica a algunas citas en inglés o francés. No es aceptable que se den estos títulos de libros: *Relation d'un séjour DU VEINGT ANNES dans l'Amérique du Sud*, o bien: *Histoire Philosophique et Politique des ETABLESIMENTES DU COMERCE DES EUROPIENS dans les Deux Indes* (Volumen I, pág. 273 y pág. 324). ¿Qué impresión, qué injusto desprestigio del autor (que sin duda dictó esos títulos) producirán en el extranjero semejantes galimatías?

El Volumen I comienza con un análisis de Hispanoamérica hacia 1810: las razas, las clases sociales, la economía, la cultura, la religión y los vínculos con la metrópoli, al concluir el régimen español. Aquí Encina se apoya fundamentalmente en su propia *Historia de Chile* y en el *Cuadro Histórico de las Indias*, de Madariaga. De las fuentes directas, revisten especial importancia Humboldt, Juan y Ulloa, el cronista de Potosí Martínez y Vela y el ex dominico Gage. Encina toma a Juan y Ulloa con las prevenciones que merecen, pero en cambio sorprende el crédito dado a Gage en sus chismografías anticatólicas. Ellas no merecen confianza a nadie hoy día, hasta el punto de que una reciente edición norteamericana, dirigida por el famoso mayólogo Thompson, lisa y llanamente las suprime por indignas de fe (*Thomas Gage's travels in the New World*. Edited & with an Introduction by J. Eric S. Thompson. University of Oklahoma Press, Norman, 1958).

En esta parte de la obra, se declara ya una de las ideas fijas del autor, de carácter sociológico, a saber: que el cruce indoespañol, de "razas progenitoras... separadas por fases enteras del desarrollo cerebral", produce "un retroceso mental", "una vuelta a la niñez" en la sociedad mestiza (Capítulo II, pág. 147). A esta "infancia mental" atribuye Encina los problemas económicos americanos y la pobreza de la literatura en la "colonia". Para él, la existencia de "una cultura hispanoamericana colonial" es un "mito" y un "despropósito" (Capítulo III, pág. 197), y Garcilaso y Sor Juana Inés de la Cruz —por ejemplo— simples casualidades. Todo lo cual resulta bastante discutible: no se pueden despachar tres siglos de cultura hispanoamericana en veinticinco páginas. Pero, una vez más, las concepciones de Encina son estimulantes, al revelar ángulos nuevos de antiguos problemas.

Se pasa luego al análisis de las causas de la independencia. Las líneas generales del pensamiento del autor en este punto, son las mismas de su *Historia de Chile*. Para Encina, es la rivalidad de criollos y peninsulares el eje de la emancipación, y esa rivalidad no se debería a causas objetivas, sino a la diferenciación racial y a la consiguiente antipatía de temperamentos y caracteres. Esboza Encina la importancia que tendrá en la emancipación hispanoamericana el naciente *sentido de nacionalidad*, anticipándose así —con

clarividencia— a una idea que cobra cada vez mayor auge en la historiografía (Capítulo IV, págs. 287 y ss.).

Termina el volumen con un Capítulo dedicado a los precursores de la Independencia —en el cual se pinta con vigor y maestría la apasionante figura de Miranda— y otro que narra la caída de la monarquía española a manos de Napoleón, y las repercusiones del hecho en América.

La mayor parte del Volumen II se halla dedicada a la historia de la Primera República de Venezuela, dominada por la personalidad de Francisco de Miranda, y en la cual Bolívar sólo figura secundariamente.

La caída de la República, según Encina, se habría debido a la imposibilidad de organizarla en lo económico, político y social. La adopción del federalismo y la anarquía resultante; la bancarrota financiera y el espectro de la agitación social y racial, extinguieron el entusiasmo separatista e hicieron que una gran parte de las clases dirigentes añorase los plácidos días “coloniales”. A su vez, esa parálisis organizativa se debió —expresa Encina— a que los criollos, en plena “infancia mental”, no supieron llenar el vacío dejado por la ruptura de la tradición española.

Tampoco halló la Primera República en Miranda el hombre capaz de remediar sus males. De carácter violento y dominante, su despreciativa superioridad le enajenó a los “mantuanos”; su instintivo terror al jacobinismo le impidió movilizar demagógicamente a mestizos y africanos; su falta de don de mando le privó de asumir el control de los acontecimientos y de los hombres, aun de quienes le estaban subordinados y su estrategia, puramente libresca, le llevó de derrota en derrota ante un mediocre como Monteverde. Por último, la rectitud de alma, la falta de malicia y el ingenuo “ideologismo” —si se me permite acuñar el término— del Precursor, hicieron que creyese en las promesas liberales de las Cortes de Cádiz, y en la palabra del brutal Monteverde, y rindiese Venezuela a la reacción realista.

Encina exonera a Bolívar de responsabilidad en la entrega de Miranda a los españoles. Esta, por supuesto, es una cuestión que seguirán discutiendo “mirandinos” y “bolivarianos” cuando suenen las trompetas del juicio final. Pero debemos decir que, a nuestro juicio, la narración de los hechos en este volumen —sobre todo las declaraciones del mismo Monteverde (Capítulo XI, págs. 278 - 279 y 292 - 293) hacen al menos dudosa la conducta de Bolívar al respecto.

Termina el volumen con la semblanza de Bolívar, en siete apasionantes Capítulos. Aquí Encina embiste contra algunos mitos, como ser la influencia de Simón Rodríguez, que el autor niega, sosteniendo haber sido inventada por el mismo Libertador, llevado por su exhuberante fantasía y para complacer a su maestro en la ancianidad. Pero también Encina *crea mitos*, por ejemplo, la importancia para el carácter de Bolívar que revestiría

su ascendencia indígena, a través del mestizo Francisco Fajardo. Si se reflexiona en que Fajardo era *abuelo de la bisabuela* del Libertador, se convendrá en que la fantasía del autor apenas desmerece de la que atribuye a Bolívar. Hay asimismo un Capítulo (el XV) sobre "Bolívar y las mujeres", de casi ochenta páginas, que se lee como una novela, pero que resulta desproporcionado para su importancia histórica.

En resumen —desde luego muy pobre— según Encina la personalidad de Bolívar despertó con dos súbitos golpes: la temprana viudez que siguió a un matrimonio de amor vehemente (caso que el autor compara con el de nuestro Portales), y el segundo viaje a Europa, donde Bolívar presenció la apoteosis de Napoleón. Estos golpes encendieron en el futuro Libertador la pasión emancipadora, que en el fondo era un vértigo de gloria personal, al que Bolívar sacrificó todo, lo propio y lo ajeno. Su correspondencia destacaba obsesivamente el afán de conseguir, acrecentar y proteger su gloria, y una vez liberados cinco países —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia— soñaba con llevar su espada emancipadora al Río de la Plata, a Paraguay, a Brasil . . . ¡a las Filipinas! Pero junto al fantástico, ensimismado en su pasión de gloria, convivían contradictoriamente en Bolívar un estratega intuitivo y genial; un gobernante realista y el asombroso vidente del futuro hispanoamericano, que se reveló en la carta de Jamaica.

Los volúmenes III y IV narran cómo se generó la independencia de Nueva Granada; cómo Bolívar se refugió allí al caer Venezuela en manos de Monteverde, y desde Nueva Granada —en la fulminante "campana admirable"— liberó nuevamente a su tierra natal y fundó en ella la Segunda República; como ésta y Nueva Granada volvieron a caer bajo el dominio español y, finalmente, cómo Bolívar, una vez más y ahora para siempre, dio la independencia a esos dos países.

Reconoce Encina ser ésta la parte menos original de su obra. Sin embargo, el interés de los hechos es absorbente, y la descripción de las campañas militares; de las vicisitudes políticas y de los personajes y sus caracteres, se eleva a menudo a encomiable altura. Sólo las figuras de los "llaneros" —el realista Boves y Páez, el patriota— bastarían para preservar del olvido los volúmenes III y IV.

Para Encina, la causa fundamental de la caída de la Segunda República de Venezuela, fue la reacción realista del grueso de la población, que ansiaba volver a la paz y prosperidad de la "siesta colonial". Y como la reconquista española defraudó esta esperanza, trayendo sólo miseria y vejaciones, con igual celeridad la masa pasó del virulento realismo al más ardiente patriotismo, facilitando la definitiva liberación de Venezuela y, desde ella, la emancipación de Nueva Granada. En el manifiesto de Curúpano, el año 1814, Bolívar acusaba a sus compatriotas de "inconcebible demencia",

al "tomar las armas para destruir a sus libertadores y restituir el cetro a sus tiranos" (Volumen III, Capítulo XII, pág. 436). En 1817, el general español Morillo decía que los venezolanos se hallaban "frenéticos con la idea de independencia" (Volumen IV, Capítulo VI, pág. 172). Tres años de reconquista habían operado este cambio.

En cuanto a la caída de Nueva Granada (inmediatamente después del final de la Segunda República de Venezuela), Encina la deriva del localismo regionalista, que llevó al federalismo y, por ende, a la desunión ante el peligro español. Morillo estaba ante los ojos de Nueva Granada, pero el gobierno local de Cartagena se negaba a auxiliar al ejército de Bolívar, en campaña contra los realistas de Santa Marta, puerta de acceso al país. Agravó aquella desunión suicida la ineptitud militar de los "doctores" novogranadinos, y su culpable ignorancia de la magnitud e inminencia del peligro español.

Por lo que toca a la "guerra a muerte", parece aclarado que se estató casi simultáneamente en ambos bandos, como un estallido de crueldad semi-animal. Sería interesante estudiar su carácter de "guerra social" (africanos contra blancos), relacionándola con la anterior sublevación de Coro; con las matanzas de Blancos en Haití y con la rigidez de castas en Venezuela. Bolívar, que no era cruel de carácter, sin embargo aceptó la guerra a muerte, como más tarde aceptaría el asesinato de los capuchinos en Guayana y la matanza que Santander hizo en Santa Fé, inmoldándolo todo a la independencia y a su gloria personal.

El volumen V relata las campañas bolivarianas que dieron libertad a Ecuador, Perú y Bolivia. Toma relieves definitivos la hermosa figura de Sucre. En el Capítulo IV, se analiza la entrevista de Guayaquil; al respecto, el juicio lapidario de Encina se halla estampado en la primera frase del índice del Capítulo: "La entrevista de Guayaquil carece de trascendencia histórica" (pág. 135). Para el autor, San Martín es ya una figura del pasado al entrevistarse con Bolívar; su enfermedad, el abuso del opio como calmante, la desintegración de su ejército y el avispero político que él mismo ha creado en el Perú, hacen que el prócer argentino ya nada pueda aportar a la emancipación del Virreinato. Ella se jugaría entre Bolívar y las poderosas fuerzas realistas, y Guayaquil sólo sirve para subrayar el eclipse de San Martín.

Así desarrolla Encina el imponente panorama de los años de gloria del Libertador. Ahora le esperan tiempos amargos, cuando pretenda atravesar su espada en la carrera hacia la anarquía de las cinco naciones por él fundadas.

*Gonzalo Vial*

Ricardo Donoso: UN LETRADO DEL SIGLO XVIII. EL DR. JOSE PERFECTO DE SALAS. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1963. Dos volúmenes.

Conocida es la importancia de los "doctores" en los últimos años del XVIII americano: ellos estimulan primero el espíritu reformista e ilustrado, y luego la gestación de la independencia.

Ejemplo de estos doctores tenemos en don José Perfecto de Salas (1709 ? - 1778). Fiscal de la Audiencia de Chile y asesor del Virrey Amat, es padre de don Manuel de Salas y suegro de don José Antonio de Rojas, personajes estos últimos de mucho interés para la emancipación chilena.

El estudio del señor Donoso sigue a don José Perfecto de Salas desde la cuna hasta la tumba, con aplastante acopio de datos y documentos. Semejante avalancha de informaciones a veces amenaza con ahogar al lector —piénsese que hay un apéndice documental *por cada capítulo*— mas en definitiva surge un panorama fascinante: el mundo jurídico y burocrático de las Indias dieciochescas, con sus leyes, abogados, jueces, tramitaciones y grandes y pequeñas corruptelas.

Ese panorama, a mayor abundamiento, da una alta idea de la capacidad de los administradores indianos: el propio Salas se nos revela como de inteligencia y preparación descollantes. Sus piezas legales son habilitísimas. El *Informe sobre el Reino de Chile* y la *Historia Geográfica e Hidrográfica* del mismo, demuestran conocimientos científicos, económicos y sociológicos; agudo espíritu de observación y apasionado progresismo. Posee respetable cultura general: continuamente amplía su biblioteca; lee a Campomanes, Raynal, Voltaire, Pufendorff, y mantiene correspondencia con sujetos de la Corte —Llano Zapata entre ellos— que lo ponen al día de las novedades. Naturalmente, no todos los burócratas dieciochescos rivalizarían con Salas en estos aspectos, pero el caso da materia para reflexión.

El señor Donoso, al parecer, considera fundados los cargos de venalidad que en su tiempo se hicieron tanto al Virrey Amat, como a su asesor Salas.

Debe, sin embargo, indicarse que no hay prueba concluyente de tal deshonestidad. Los decires del vulgo, así como los anónimos panfletos y coplas contra "Asno de Oro" (Amat) y "Orejas de Asno" (Salas), pueden ser sólo frutos del odio y la envidia que, en todo tiempo y lugar, con razón o sin ella, acosan a los personajes poderosos. Es cierto, no obstante, que ambos funcionarios se hallan mal reputados, aún en la Corte, y que al menos Salas acumula una fortuna cuantiosa y un tanto inexplicable. Pero es menester

recordar —aún a riesgo de ser acusado de cinismo— que los hombres influyentes siempre tienen mayores facilidades económicas que los simples mortales, sin caer por ello —necesariamente— en la abierta venalidad.

Tampoco encontramos justificadas las acerbas críticas que hace el señor Donoso al “juicio de residencia” de Amat, considerándolo una comedia. En la Nota 18 al Capítulo XXI, volumen II, consta que la comedia le cuesta al ex Virrey más de sesenta mil pesos en indemnizaciones a los agraviados. ¿Sería el “juicio de residencia” una farsa tan completa como supone el señor Donoso?

La parte más importante del libro es la que se refiere a las sucesivas estadas en España de don José Antonio de Rojas y de don Manuel de Salas, gestionando los asuntos de don José Perfecto.

Aquí hallamos datos valiosísimos sobre una gran variedad de temas: la personalidad de Rojas y de Manuel de Salas; la vida de la Corte; las tortuosidades y corrupción de la burocracia; el avance de la ilustración y de las ideas liberales; la lectura y paso a América de libros prohibidos, pese a la vigilancia de la Inquisición . . . y así sucesivamente.

Pero, en especial, vemos en los años cortesianos de Rojas la perfecta realidad de la pugna entre criollos y peninsulares. Rojas se siente perseguido por su calidad de indiano, y a causa de ella postergado en sus aspiraciones a un puesto (carta de 7 de febrero de 1775. Volumen I, pág. 354). Por esta pendiente, llega al separatismo apenas embozado (carta de 9 de octubre de 1774. Volumen I, pág. 355). Sin embargo, aparece muy claro, y ocasionalmente lo insinúa el mismo Rojas (carta de octubre de 1775. Volumen I, pág. 353. Carta de 7 de febrero de 1776. Volumen I, pág. 360), que son la mala fama de don José Perfecto y su “residencia” pendiente, los verdaderos obstáculos a las aspiraciones burocráticas y nobiliarias de la familia. El Ministro Gálvez, por ejemplo, informa a Rojas, lisa y llanamente, que en la solicitud de un título de Castilla para don José Perfecto “no se había dado plumada . . . suspensa hasta que diese la residencia” (carta de 22 de junio de 1776. Volumen I, pág. 437).

Mas esta *verdad objetiva*, que hoy no se presenta tan clara, careció de importancia en la querrela criollos-peninsulares. Rojas *se consideraba* perseguido por su nacimiento americano y semejante creencia suya, probablemente falsa, tiñó sus actuaciones lo mismo que si fuese verdadera. Y así pasó generalmente.

El señor Donoso no comparte esta opinión. Continúa adherido a las tesis tradicionales: la Corona y España son obscurantistas y explotadoras; los americanos, perseguidos, postergados y expoliados. Pero la narración veraz y el acopio documental nos permiten llegar a la realidad, aún con-

tradicendo las teorías del autor, lo cual de por sí es un mérito recomendable.

El caso se repite con las peripecias experimentadas por Rojas y Manuel de Salas en la Inquisición, por el envío a Chile de sus respectivas bibliotecas. El señor Donoso nos pinta a ambos compatriotas como auténticos mártires de la libertad de pensamiento, pero nuevamente la realidad, muy distinta, surge de las páginas de su estudio. Ni Rojas, ni Salas son en definitiva castigados por la Inquisición. El primero despacha a Indias su extensa biblioteca, plagada de libros prohibidos, en las barbas mismas del Santo Oficio, y aún, la execrada *Enciclopedia* con su expresa autorización. En cuanto a Salas, sus dificultades con la Inquisición vienen de haberla querido engañar con una lista de libros incompleta, eliminados de ella los prohibidos que llevaba. Descubierta el engaño, se le sigue un juicio, cuya única secuela es la pérdida de las obras no declaradas y de la licencia para leerlas.

Terminemos lamentando que una obra tan importante haya sido editada con tan notorio descuido: a cada momento saltan las erratas y los trastrueques de líneas, haciendo fatigosa la lectura.

Gonzalo Vial

*Garrett Mattingly*: LA ARMADA INVENCIBLE. Editorial Grijalbo. Barcelona 1961.

Este libro recientemente llegado a Chile —a pesar de haber sido publicado hace ya cuatro años— constituye un estudio interesante. Su autor, historiador norteamericano, muerto hace dos años en Oxford, Inglaterra, fue uno de los mejores especialistas anglosajones en historia del Siglo XVI. Entre otras obras suyas, recordemos aquí: *Catalina de Aragón* y *Renaissance Diplomacy*, esta última aún no traducida a nuestra lengua y que constituye el mejor tratado escrito hasta la fecha sobre el desarrollo de la diplomacia en los Siglos XV y XVI.

La edición que ahora reseñamos de la Armada Invencible comienza con un increíble "Prólogo al lector español" que pretende justificar la publicación de Mattingly en España, a la vez que emite juicios críticos que no son sino una defensa absurda y gazmoña de ciertos conceptos tradicionales y obsoletos. El autor es presentado como un "adversario nato de la religión católica" por su sola condición de protestante, y, por lo tanto, se le tacha de parcial. Nada más alejado de la realidad. Si hay una obra imparcial, fría y destructora de mitos es ésta. El que el autor en ocasiones use de expresio-

nes duras o sarcásticas, no es producto de un juicio tendencioso, sino de presentar la realidad histórica en forma descarnada. No hay ataques ni a España ni a Inglaterra que no se atengan a la verdad. En resumen, el Prólogo sólo sirve para prejuiciar al lector desprevenido y el censor español, al pretender calificar de parcial al autor, sólo logra mostrarse parcial él mismo.

Pero, pasemos a la obra. Para Mattingly, la lucha anglo-española que culmina con la Armada de 1588, es una etapa más de la gran lucha ideológica de la segunda mitad del Siglo XVI: las fuerzas del bien y del mal se enfrentan, dependiendo este bien y este mal del bando en que los protagonistas se encuentren. Esto es en parte cierto y en parte falso. Felipe II era menos fanático de lo que frecuentemente se le supone y menos campeón de la Contrarreforma que del absolutismo. Su antagonista, Isabel, por su lado, compartía la misma posición ideológica. Es cierto que política y religión estaban casi inextricablemente unidas en esos negros años, pero los soberanos sabían distinguir. Si Felipe envió la Armada a Inglaterra no fue para convertirla a la Iglesia Católica —aunque tal propósito haya estado como posibilidad remota en la mente del monarca— sino para reducir sus ímpetus expansionistas, las depredaciones de sus piratas y las humillaciones que personajes como Drake habían hecho sufrir al Imperio. Se trataba, por sobre todo, de salvar los Países Bajos y reintegrarlos al Imperio Católico, librándolos de las intromisiones inglesas. La Armada fue una empresa militar, no una Cruzada ideológica.

Naturalmente, este designio aparece menos claro al ver la acción española en Francia y en esto reside uno de los mayores méritos del autor, al presentarnos el episodio de la Armada como integrado en un plan universal de acción de la diplomacia y la política generales de España. El teatro de los acontecimientos no es sólo España o Inglaterra, sino toda Europa. Pero se hace posible distinguir la acción española en Francia de la ejercida en Inglaterra o Flandes. En la primera hay un móvil político-religioso; en la segunda, el elemento religioso es muy tenue. En el primer caso, España contaba con poderosos aliados: los Guisa y el partido católico. En el segundo, debió batirse sola, sin base de operaciones ni apoyo de nadie.

Los capítulos iniciales son de gran valor, por cuanto nos introducen poco a poco en la atmósfera de la época y en los designios y posiciones de las facciones. Las provocaciones inglesas en España —Drake— y en Flandes —Leicester— son analizadas con justicia e imparcialidad.

Los preparativos de la Armada —barcos, armas, provisiones— así como la designación de un nuevo jefe improvisado, dan a entender desde el comienzo en el relato de Mattingly que la empresa iba destinada al fracaso y así lo sentían los propios españoles, los jefes por lo menos. Durante el de-

sarrollo de la expedición misma, impresiona la defensa que el escritor hace del Duque de Medina-Sidonia, atribuyéndole cualidades de conductor que nadie le había reconocido aún. Sus medidas son consideradas inteligentes y se admira "el orden formidable" de la Armada a través de toda la travesía del Canal de la Mancha y del Mar del Norte. Sin embargo, se señala crudamente la insuficiencia de naves y de armamentos y vituallas, así como la lentitud y torpeza del Príncipe de Parma, que no supo apoyar eficazmente a Medina-Sidonia. Ahí ve Mattingly la clave del desastre.

Por cierto, también son señalados los accidentes atmosféricos —menores que los que se suponen corrientemente— y los ataques de los ingleses, pero se presenta a éstos como divididos entre sí y sin presentar grandes batallas.

En cuanto al rey, el autor cree ver en este episodio el único arranque impetuoso de su existencia. Se hace fácil creerlo, si bien este arranque no fue espontáneo, sino premeditado y el producto de una preparación de años. Sin embargo, una vez más, el historiador pone en Felipe —y en Isabel también— una altura de miras ante el resultado, que espíritus inferiores no compartían. Para Mattingly, este resultado no acarrea ningún cambio importante y ello nos confirma en la idea de que Felipe perseguía fines menos espirituales que los que se le han supuesto.

El estilo es magnífico. Es tan liviano como el de una novela bien escrita. Está lleno de frases irónicas, observaciones jocosas y anécdotas simpáticas, que dan a la obra y a sus personajes un toque de humanidad que raras veces alcanzan las narraciones históricas.

En resumen, un libro excelente, magistralmente escrito.

*Julio Retamal Favereau*

*Magnus Mörner: THE EXPULSION OF THE JESUITS FROM LATIN AMERICA.*  
A. Knopf. New York. 1965.

En la valiosa Colección de los Borzoi Books on Latin America, editada por Lewis Hanke, el hispanista y americanista sueco Magnus Börger ha reunido en este tomo un abundante material sobre el tan importante y discutido tema de la expulsión de los jesuitas de América latina.

En su excelente introducción Magnus Mörner da una visión general del origen, del desarrollo y de la labor de la Compañía y examina críticamente las distintas teorías e interpretaciones que se han dado sobre las causas de la expulsión de los jesuitas de España, Portugal y América.

Luego sigue una antología de estudios de distintos autores. Un primer capítulo reúne trabajos de Salvador de Madariaga, Furlong y Krebs sobre los cambios que se produjeron en el siglo XVIII y los antecedentes generales que motivaron la expulsión. El segundo capítulo se compone de estudios de Southey, Garay, Graham, Bolton, Diffie, Chevalier y Boxer sobre la labor desarrollada por los jesuitas en el Nuevo Mundo. El tercer y cuarto capítulos, con estudios de Gonzaga, Carnaxide, Pastor, René-Moreno, Priestley y González, están dedicados al tema de la misma expulsión. En dos últimos artículos que forman el capítulo quinto, Eguía y Azevedo examinan las consecuencias que tuvo la expulsión para el desarrollo americano.

El libro incluye una sucinta pero muy completa bibliografía con indicación de las colecciones de los documentos originales y breve comentario crítico de las más importantes publicaciones.

En una reseña bibliográfica resulta imposible examinar cada uno de los estudios reunidos en esta antología. Los autores, en parte, se complementan y, en parte, se contradicen. Hay crítica y elogio y esfuerzo sincero por lograr una comprensión histórica objetiva. Con plena razón, Magnus Mörner insiste en que la inmensa variedad de opiniones demuestra que el análisis histórico debe proceder con suma cautela y considerar los múltiples factores, siendo imposible resumir la verdad histórica en generalizaciones simplistas.

El libro cumple enteramente con su propósito de servir de introducción a tema tan importante y de invitar a proseguir su estudio y continuar la investigación.

*Ricardo Krebs W.*

*Vicente Palacio Atard: LOS ESPAÑOLES DE LA ILUSTRACION. Ed. Guadarrama. Madrid. 1964.*

En este tomo están reunidos once trabajos de los cuales cuatro aparecen por primera vez, mientras que los demás son reimpresiones de conferencias y ensayos publicados en años anteriores en diversas revistas.

El nexo que une estos estudios es el tema de la Ilustración a cuyo mejor conocimiento el autor hace importantes aportes. Los ensayos cubren los más variados aspectos de la historia dieciochesca, desde los fenómenos políticos e intelectuales hasta los problemas sociales y económicos y las costumbres.

En "Atlántico y Mediterráneo en la política internacional de Carlos III", Vicente Palacios caracteriza el sistema internacional Carolino como un

vigoroso intento de trazar una línea de conducta propiamente española con el fin de asegurar la soberanía de España en el concierto de las naciones.

El estudio sobre "La reforma del Estado en el pensamiento de Floridablanca" es fundamentalmente un análisis y una interpretación de la célebre Instrucción Reservada de la Junta de Estado de 1787. El Estado del Despotismo Ilustrado es concebido por Floridablanca como un Estado de funcionarios y magistrados, cuya organización burocrática centralizada debía permitir realizar las reformas exigidas por el siglo.

Entre los distintos artículos dedicados a temas sociales y económicos conviene destacar el sólidamente elaborado estudio sobre "Los Alemanes en las 'Nuevas Poblaciones' andaluzas". A las investigaciones anteriores de Weiss, Cayetano Alcázar, Niemeier y Caro Baroja añade el autor las conclusiones obtenidas de la revisión de los documentos del Archivo General de Simancas. El tema central abordado por el autor en este estudio es la integración de los colonos a su nueva patria.

Particular interés tienen los estudios dedicados a los fenómenos intelectuales, al desarrollo del pensamiento ilustrado y de la mentalidad dieciochesca, como "Estilo de vida aristocrático y mentalidad burguesa" y "La casta y la cátedra".

En todos sus estudios Vicente Palacios se esfuerza por lograr una comprensión histórica objetiva que se eleva por encima de la reacción emocional, de la polémica ideológica y de la generalización esquemática. Con fino sentido histórico recoge los distintos aspectos de la Ilustración española y, en vez de polemizar y juzgar, procura comprender y señalar el significado histórico de los distintos fenómenos.

Tanto por la variedad de los temas tratados como por el enfoque general, este tomo constituye un valioso aporte al conocimiento del tan discutido siglo XVIII español.

*Ricardo Krebs W.*

*Luis Valencia Avaria: CAMPAÑA Y BATALLA DE RANCAGUA. Editorial del Pacífico, S. A. Santiago. 1964.*

La batalla de Rancagua —un conjunto de valor y decisión inmensurables de la Patria Vieja—, ha sido objeto de variados estudios, más o menos profundos, pero siempre ha mantenido una suerte de incógnita sobre el verdadero papel que desempeñaron en la epopeya los hombres que allí actuaron, particularmente el que cumplió don José Miguel Carrera.

El estudio histórico que ahora comentamos tiene méritos que debemos destacar. En primer lugar, en la persona de su autor. Valencia Avaría ha vivido ya algunos lustros dedicados con amor a la investigación de los hechos de la Independencia nacional, manifestada en los volúmenes del Archivo de don Bernardo O'Higgins. Esta *Campaña y batalla de Rancagua* constituyó su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia, en un acto que se efectuó en el auditorium del Estado Mayor del Ejército.

Pero lo que nos vale y atrae en esta obra es, aparte de su despliegue de erudición, el criterio independiente con que juzga los acontecimientos que narra. Todo el material conocido y algo más que permanecía inédito y hasta ignorado, le ha servido a Valencia Avaría para componer su tesis. La batalla no fue sólo el combate del 1º y 2 de octubre de 1814, sino que, además, fueron parte vital de ella los 30 días que precedieron al avance de Osorio hasta cruzar el Cachapoal. Aquí, el *Diario Militar* de Carrera enseña un sentido nuevo cuando sus noticias se ponen en parangón con la abundante documentación de que Valencia se vale. La conclusión es que Carrera y O'Higgins pretendieron engañar a la historia y no lo lograron. Son múltiples los renuncios del primero y uno, notable, el del segundo. O'Higgins, veinte años después, "inventó" una defensa del Cachapoal que jamás existió. Las razones que movieron a uno y a otro a confundirse en este "affaire" son explicables.

Valencia Avaría nos explica también el retiro de la 3.ª división. Unas horas antes de marchar hacia Rancagua, don José Miguel Carrera envió un parte a Santiago en que puso de manifiesto su estado de ánimo, algo que después negó obstinadamente. Se sabía derrotado y fue sin fe a la pelea.

*Campaña y batalla de Rancagua* es un aporte efectivo para desenmarañar un enredoso esfuerzo de los caudillos máximos. Se lee con comodidad y con apego, y, aunque las verdades a veces son amargas, viven en sus páginas unos hombres que muestran toda su calidad humana, separados del mito.

*José Armando de Ramón*